

Posteriormente pronunció un mitin en Castellón

# Fraga recorrió ayer la zona afectada por las inundaciones

**VALENCIA (Luisa Palma, enviada especial).** Cubierto de barro en los zapatos, en el traje, en las manos, en la cara, Manuel Fraga Iribarne recorrió ayer hasta el último pueblo de la zona afectada por las inundaciones, algo verdaderamente difícil de describir dada la magnitud de la catástrofe, que ha dejado a miles de familias sin hogar y 20 muertos, a los que podría añadirse algunos de los desaparecidos. Viendo a la gente llorar con desesperación, Fraga, dolorido, no podía a veces articular palabra. «¡Qué golpe éste!», decía.

Fraga ya anunció por la mañana que «hoy no voy a hacer la política normal de partido». Y así fue.

Alcanzamos Alcira a primera hora de la tarde en un Land-Rover y provistos de botas de agua. En medio de un barrizal de fango, agua y casas destrozadas, Fraga saltó del jeep para entrar en la fábrica de Avidesa en donde encontró a un Luis Sñer destrozado y anonadado. El agua llegaba hasta las rodillas, lo que no impidió a Fraga penetrar hasta el fondo de la fábrica, en un mar de fango. El abrazo de Sñer, en silencio, conmovió a Fraga. «¡Qué desastre!, ¡Qué desastre!», repetía.

El aire que se respira en Carcaixent es un aire viciado, de miseria. El peligro de epidemias aún no ha desaparecido e incluso aumenta con el paso de las horas. El pueblo está semidestruido. «Quieren verle por la calle, don Manuel», le decían. «No, no queremos molestar.» Un señor saltó de repente en medio del Land-Rover, gritando: «¡Fraga!, vamos a ganar, te lo dice uno de UCD, que era de UCD.» Una señora se acercó a darle la mano y no pudo contener las lágrimas. Fraga, con un nudo en la garganta, casi llegó a llorar también. A Carcaixent llegó el Ejército ayer, con apenas medios para combatir las condiciones infrahumanas y de miseria por las que atraviesan esas familias. En Benegida pedían a gritos que les enviaran vacunas. Los soldados y la Cruz Roja se ven desbordados, sin agua, sin luz, sin teléfono; sin apenas techo bajo el que estar, se mueven con equipos autóctonos de luz. Fraga atravesó ayer el caldo marrón de fango hasta la iglesia de Benegida, invadida por las aguas. Este pueblo será destruido en su totalidad, ya

que los destrozos son irrecuperables. La desesperación domina el ambiente, aunque algunos hacen gala de esa especie de sarcasmo que caracteriza a los valencianos para decir amargamente: «Don Manuel, creo que han solicitado el premio Nobel para el ingeniero que hizo la presa.»

Los Land-Rover en donde viajábamos tuvieron innumerables dificultades para abandonar la zona afectada y Fraga volvió a escape a Castellón, donde debía pronunciar un mitin. Por la mañana pronunció otro en Alicante, rebosante de público. En la zona del cauce del río Júcar, los árboles son esperpentos cubiertos de barro y las casas fantasmas de lo que fueron. La situación de Benegida y Cárcer no ha sido conocida hasta ayer. Fraga ha sido el único de los líderes hasta el momento que ha podido comprobar «in situ» la gravedad de la situación. El líder de AP había estado por la mañana en Alicante y en los pueblos de la vega baja del Segura. En Alicante, Fraga bajó hasta el mar y, cubriéndose de barro, saludó al presidente nacional de la Cruz Roja. En el barrio de San Gabriel, todavía anegado, el Ejército intenta habilitar un puente para las comunicaciones. «Nosotros no queremos molestar —dijo—; nos volvemos.» Luego comentaría que mientras se habla todos los días del Ejército, «ellos están allí trabajando».